

—Hombre, Fígaro, estaba leyendo su periódico cuando me llamaron a otra cosa. De manera que me quedé con los pedazos de la primera página, nada más. Leí con orgullo la mención que hace de mí Monseñor Volio y si me suelta Ud. voy a terminar.

—Corre, porque tienes que decir algo acerca del problema del comunismo en Costa Rica.

—¿Sí? Pues aguardará en vano. Tengo mis manías, o chocheces, si gusta, pero... no son iguales todas las mañanas.

—Ya caigo, ahora habría que preguntarte por TOPACIO para darte cuerda.

—¿Acaso he mentado alguna vez esa pieza? ¿Cómo habría podido hacerlo si apenas la leí anoche?

—Magnífico! ¿Y qué resultó?

¿Es moral o inmoral?

—Una obra no puede ser juzgada después de una lectura a la ligera. Pero, hecha esta salvedad, voy a confiarle mis impresiones. TOPACIO es una comedia divertida, sobre todo en el primer acto. Hay en ella bastantes chispazos de ingenio... y bastantes irrealidades, como que el autor no carece de cabeza, pero carece de experiencia. No hay lucha entre buenos y malos. Todos los personajes son malos. Triunfa—contra los deseos del autor—el más inteligente de todos, que es también—huelga decirlo—el mejor de todos. Esta falta de bondad es la irrealidad sustancial de la comedia. El mundo de los hombres no podría existir si la mayoría no la formaran los honrados. La segunda irrealidad de la pieza la constituye la idea que se propone dar del dinero. Con talento se hace dinero, pero con dinero no se hace talento, ni belleza ni vigor. El dinero añade fuerza a la verdadera fuerza, en el mejor de los casos; pero, solo, no basta a procurar ninguna felicidad.